

El Regalo de Ana

Mario H. López Araiza Valencia

–La Tierra no nos pertenece. Nosotros le pertenecemos a la Tierra. De su seno nacimos y en su seno terminaremos – explicó la mujer de edad avanzada.

–Seguramente usted tiene mucho que enseñarnos, Ana – observó la maestra, con una amplia sonrisa.

–Siempre he sido cercana a la naturaleza. Escuchando el sonido del cantar de los pájaros por la mañana, la fragancia de las flores en el jardín, el chapoteo del arroyo junto a la vereda rumbo a la casa cada tarde – detalló Ana, cerrando sus ojos – La naturaleza tiene el conocimiento de todo, con él cuidaremos mejor lo que nos rodea. Observen bien, escuchen, sientan.

Los niños en silencio ponían atención a las palabras de la mujer, quien a sus 80 años se proyectaba con una lucidez apabullante, extendiendo los brazos con energía mientras describía los elementos de su relato, con un brillo en los ojos que los transportaba hacia los momentos que compartía con ellos.

–Las estaciones nos enseñaron a saber qué plantar, el instante idóneo para colocar una semilla, ver crecer la planta y culminar con la cosecha. Con gran deleite comíamos aquello que se nos regalaba, nos sentíamos fuertes, saludables y si algo nos enfermaba, de las plantas obteníamos los remedios.

–Pero estamos en la ciudad, en mi casa no tenemos espacio para un jardín – comentó uno de los niños de la fila del fondo.

–Es cierto que hemos convertido nuestro día a día en algo complicado, vemos pasar las horas entre cuatro paredes de concreto en lugar de ser espectadores de los colores del cielo conforme transcurren las horas. Quitamos lo verde para volverlo gris. Dejamos sin espacio a las cosas que crecen. Nos volvemos artificiales.

Ana se movió entre los lugares hasta llegar hasta donde se encontraba el niño, cuya expresión se retraía pero a la vez se mostraba retador.

–¿En tu casa hay ventanas?

El niño, sorprendido por la obviedad de la respuesta que estaba pensando, le contestó:

–Claro, señora.

Una risa cálida prosiguió al encuentro del alumno y la invitada de la clase.

–Cualquier espacio, por pequeño que parezca, puede albergar vida. El sol es esencial para un retoño, solo debes comprometerte a regarlo, protegerlo con amor y hacerlo parte de ti, pues las plantas también sienten, merecen cercanía y nuestra atención.

–En mi casa tenemos una planta de jitomate – dijo una niña en la fila de adelante, frente al pizarrón.

–¡Eso es realmente bello! – Celebró Ana, acercándose a la pequeña - ¿Quién se encarga de cuidarla?

–Mi mamá es quien lo hace, tenemos un balcón donde cada noche le pone agua, dice que también me enseñará a hacer algo llamado composta.

–Tu mamá es una persona muy sabia – le dijo la mujer -, con la composta la planta se desarrollará más fuerte, será saludable sin necesidad de usar sustancias artificiales.

–¡Yo quiero una planta! – Exclamó el niño que había hablado minutos antes, levantando la mano.

–¡Yo también! – Se le unió otro a su derecha.

–¡Y yo!

–¡Y yo!

Pronto se elevaron varias manos al unísono, queriendo participar del conocimiento de Ana sobre las plantas.

–Ana les tiene una sorpresa, niños – intervino la maestra, cediendo la palabra a la invitada. Al terminar, salió del salón.

–Volvamos a interesarnos por lo que sustenta parte del espíritu de nuestro planeta – comenzó -. Quiero darles un regalo.

Una alumna de lentes aplaudió con emoción.

–¡Un regalo!

La maestra volvió a ingresar al recinto, cargando una caja de cartón cuyo contenido eran algunas botellas de plástico recortadas con tierra dentro. Un minúsculo brote verde sobresalía de sus recipientes.

–Ustedes ahora tendrán la misión de velar por una de estas plantas – anunció Ana.

Los niños manifestaron su asombro y emoción ante su regalo con diferentes reacciones, algunos aplaudiendo, otros haciendo sonidos de sorpresa.

–Haremos un poco más verde nuestro espacio, nos conectaremos con la Tierra, veremos en nuestra plantita la esencia misma de la vida.

Mientras Ana y la maestra repartían los regalos, cada niño sabía que el valor de aquel presente era en verdad grande, pues sería un gran reto transformar la atmósfera de una ciudad desde su espacio, con una primera planta que difundiría su espíritu.